

Dramático Balance

POR GUILLERMO MARTINEZ MARQUEZ

oct 19/54 Pava

Aveinticuatro horas de las últimas ráfagas del ciclón, aún no es posible apreciar la magnitud de la catástrofe. Todavía hay confusión en las noticias. El nervosismo natural a los instantes pasados, la falta de transportes, las deficiencias en los servicios telefónicos, telegráficos, cablegráficos, tranviarios, ferrocarrileros, radiográficos, etc., nos impiden ofrecer, en esta edición, las que pudiéramos denominar "cifras oficiales" del huracán. Como es lógico suponer, el centro de La Habana, con su compacta masa de edificios, ha sufrido poco en comparación con los alrededores de la ciudad, y éstos, a su vez, han salido bastante bien, si nos adentramos un poco en el campo propiamente dicho. De ahí, en primer lugar, las aparentes contradicciones entre los partes iniciales y aquellos otros que vamos recibiendo con desesperante lentitud, y que empezamos a ofrecer con esta edición. Y por eso, también, las polémicas entabladas entre los que viven en una u otra zonas, al encontrarse en mitad de la vía pública, junto a un árbol partido a la mitad, como si fuera un palillo de dientes, o a un anuncio luminico, retorcido, arrugado, roto en pedazos, a la manera de una endeble hoja de papel cualquiera, que apretásemos entre las manos antes de lanzarla al cesto.

Dice el vecino del centro de la capital: "Después de todo, salimos perfectamente. En mi casa tuvimos luz hasta las tres de la madrugada, y el teléfono no ha dejado de funcionar. Durante algunas horas carecimos de agua; todavía nos falta el gas. Pero el ciclón no nos derribó ni un cristalito siquiera. Decididamente, digan lo que digan los periódicos sobre la velocidad del viento, lo cierto es que esto no puede compararse, ni remotamente, con el ciclón de 1926. Aquel si fue bravo. Dentro de algunos días, de éste no podré recordar sino el silbido del viento y el trepidar de las ventanas entre diez y doce de la mañana de ayer. Eso fue todo."

La anterior versión del meteoro de ayer, tiene que indignar al vecino de Marianao, Guanabacoa o Regla, por ejemplo. Para ellos, todavía no hay medios de comunicación con el centro de la ciudad. Imposible la circulación de ómnibus, tranvías o autos. Hasta el viaje a pie se hace dificultoso, por los millares de árboles tendidos sobre las calles y carreteras. La luz eléctrica quedó interrumpida a la una y diez minutos de la madrugada del miércoles. Los teléfonos dejaron de funcionar a las ocho de la mañana, y aún están mudos. Las llaves de agua permanecen secas. De ahí sus palabras, un poco trémulas por el recuerdo del sofocón: "Decididamente, el ciclón de ayer fue tan fuerte como el del 26. No sé si el viento alcanzó tal o cual velocidad. Desconozco el descenso barométrico. En realidad, tampoco me importa. Lo que me consta es que en la cuadra donde vivo no quedó un árbol en pie. Entre las ocho y las doce del día, mi casa retemblaba con cada ráfaga, como si ella también tuviera miedo. Las hojas de los árboles, quemadas seguramente por la velocidad del agua y del aire, fueron pulverizadas sobre las fachadas de los edificios. La puerta de una casa cercana fue arrancada de cuajo. Más allá, el techo de algunas "cuarterías" voló a varios cientos de metros de distancia. La portada del estadio "Tropical" está en el suelo. Las palmas fueron materialmente desfleçadas. En la misma Avenida de los Presidentes, dan la sensación de unos



21

"plumeros mochos", clavados en la tierra por un gigante enfurecido. Por lo demás, en mi propia casa hubo instantes en que tuve la certeza de que todo iba a volar en pedazos. Las ráfagas adquirían fuerza increíble, oscurecían el ambiente y pegaban sólidamente contra las puertas. Varios cristales fueron rotos. Del jardín no quedó una hojita para hacer el cuento. Hasta la hierba ha desaparecido. Algunas tejas y el muro de la azotea están en mitad de la calle. Y como si todo esto no fuera bastante, quiero recalcar que el huracán se inició entre las cuatro y las cinco de la mañana, y no amainó hasta pasadas las doce y media de la tarde. Ocho horas de ráfagas, amigo, son muchas horas. Por eso, lo que el agua, que no cesó de caer en toda la noche, fue ablandando, el viento lo arrancó de cuajo y lo lanzó a cientos de metros de distancia. Por eso creo, sinceramente, que este ciclón fue muy parecido al del 20 de octubre de 1926."

Debe haber una versión más. Una versión que aún no hemos recibido, que aún no hemos podido recibir en los instantes en que escribimos estas apresuradas líneas. Es la de los pueblos y ciudades más alejadas de la capital, y, sobre todo, la de los barrios rurales de los términos situados al oeste de la Habana y al este de la provincia de Pinar del Río. De la mayoría de ellos, así como de la siempre olvidada Isla de Pinos, no tenemos ni una noticia concreta. Y serán ellos, tienen que ser ellos los que puedan hacer el verdadero, el dramático balance del huracán del día 18, cuando puedan comunicarse con nosotros.

Hasta entonces, hagamos votos porque predomine la impresión, un tanto optimista, de los vecinos del centro de la capital. Que este ciclón no puede ser comparado con el del 26, es lo que todos tenemos que desear, aunque algunos abriguemos aún justificados temores por la suerte infeliz de los campesinos habaneros. Y por la escasez de productos alimenticios que puede haber, como consecuencia de la devastación de las cosechas. Porque, amigos, en 1926 no había guerra.

País, oct/19/24



INSTITUTO DE HISTORIA DE LA HABANA
PATRIMONIO DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA